

LA CARTA DE UN PADRE

ESTE tercer domingo de junio se celebra el Día de los Padres. Pero en numerosos hogares cubanos será día de dolor y no de fiesta. Porque en la larga jornada de sangre que viene recorriendo la República, han quedado muchos padres sin hijos. Y también muchos hijos sin padres. Hombres civiles y hombres de uniforme. Pero padres todos. Como ese dirigente obrero, cuya carta publicada en BOHEMIA, junto al retrato del hijo, constituye, sin duda, un documento para la Historia. Pero sobre todo, en la patética sencillez de sus frases, contiene un mensaje conmovedor de humana generosidad. Acto de fe póstumo sobre el sentido de la vida y el valor del sacrificio.

No conocía a Calixto Sánchez. Como tantos otros cubanos, sabía sólo de los aspectos más salientes en su vida pública: su participación como combatiente en la segunda guerra mundial, sus luchas sindicales, sus actitudes políticas, sus pronunciamientos revolucionarios. Y luego, su trágica muerte cuando el desembarco del "Corinthia". Ahora, para que se le conozca en su dimensión de padre, ha dejado una carta a su hijo. Fue fechada el 20 de mayo. Tenía una dolorosa impresión de inevitable despedida. Y así fue. Unos días después moría combatiendo por sus ideas. El mismo reconocería en aquella carta que su hijo era "aún muy pequeño para comprender ciertas cosas". Pero algún día el niño será hombre. Leerá la carta. Y entonces se dará cuenta, como su padre esperaba de "lo que significa luchar hasta el punto de ofrendar la vida por una causa". Y de que "no podemos pasar por la vida sin haber contribuido en algo útil a la sociedad".

¿Por qué están muriendo los cubanos?

Bien merece meditarlo seriamente en el significado de cartas como la de ese padre a su hijo. El caso de Calixto Sánchez no es único en el dramático momento que ahora vivimos los cubanos. Como él, muchos hombres han dejado familia, comodidad y trabajo, para tomar voluntariamente el camino que conduce al sacrificio. Y muchas veces a la muerte. No son ya jóvenes con la pasión y la vehemencia de la juventud inquieta y rebelde. Son hombres con su vida hecha, con intereses de negocios, de profesión, con un hogar constituido, capaces de adoptar las actitudes más radicales y afrontar los riesgos mayores. Y habrá que preguntarse, ¿cómo se explica la conducta de esos hombres? El Gobierno los ha llamado "mercenarios", "forajidos", "revoltosos", "enemigos de Cuba". Pero si lo fueran efectivamente, se dedicarían a sacar buen partido a la situación actual mediante la delación, el espionaje, la confidencia (oficios que ahora resultan muy lucrativos), y no arriesgarían sus mismas vidas en una lucha desigual y sacrificada.

¿Por qué se enfrentan esos hombres a la muerte? ¿Por gusto? Por gusto no se expone la vida cuando aún hay mucho que esperar de ella. ¿Por espíritu aventurero? ¿Por codicia? ¿Por ambición? ¿Por revanchismo? Todo eso es poco para riesgo tan grande. Nada de eso puede explicar por qué a pesar de

En muchos hogares cubanos no podrá celebrarse el Día de los Padres.— Una larga jornada de sangre.— La carta de Calixto Sánchez a su hijo.— Esos hombres no pueden ser "mercenarios".— Por gusto no se expone la vida. ¿Por qué están muriendo los cubanos?— Hasta por los hijos de los adversarios.— Para que el sacrificio no sea inútil.— Una República fundada en la escuela, no en el cuartel.— El peculado, el juego y el contrabando.— Educación, justicia social y nacionalismo económico.— Cuando los hombres se acostumbran a la muerte.— El sacrificio es la medida del amor.

POR

ANDRES VALDESPINO

los muchos que ya han muerto, a pesar de anunciarse una "guerra de exterminio", a pesar de los esfuerzos una y otra vez frustrados, a pesar de todo, el espíritu de rebeldía, en lugar de menguar, aumenta. La vida sólo se expone voluntariamente cuando anda de por medio un ideal. Y no son ideales ni la codicia, ni la ambición ni la venganza. Los hombres, a través de la Historia, han muerto por su fe, por su Patria, por su honor. ¿Por qué están muriendo ahora en Cuba? ¿Por la libertad? Ciertamente. Pero también por algo más que eso. Esos hombres están muriendo por sus hijos. Por los suyos y por los de otros. Hasta por los hijos de sus adversarios. Por esa generación de cubanos que tendrá que encararse al futuro que la actual generación le haya preparado. Por esa Cuba nueva, distinta, mejor, en que los padres no tengan que despedirse de sus hijos para marchar al peligro. Y a la muerte.

No es posible que tanto sacrificio sea inútil. O resulte estéril tanta sangre derramada. Es cierto que

la gran inquietud del momento cubano está en remover el régimen de fuerza y recobrar el ritmo democrático injustificadamente interrumpido. Pero eso no puede serlo todo. Aún sería poco en comparación con lo mucho que ha costado en vidas humanas. Para que todo esto que está curriendo tenga un sentido de proyección histórica y no quede sólo como un doloroso episodio republicano, es necesario que marque una etapa de genuina rectificación en los destinos nacionales. Liberación definitiva de las viejas estructuras coloniales. E inicio de una República capaz de realizar por sí misma la grandeza de su destino histórico.

La República que hay que construir

Esa es la República que quieren para sus hijos los hombres que ahora están muriendo en Cuba. Una República enfrentada resueltamente a los factores que han retardado la integración plena de nuestra nacionalidad: la desorientación ideológica, la incultura, la ingerencia extranjera, el abandono

rural, el militarismo, el peculado, la improvisación política.

Una República fundada en la ley, no en la espada; en el derecho, no en la fuerza; en la escuela, no en el cuartel. En la que el hombre de uniforme tenga por misión la defensa de sus instituciones y de sus libertades, no la ocupación del poder contra la voluntad de las grandes mayorías nacionales. En la que los agentes de la autoridad comprendan que la ciudadanía los ha investido de atributos y facultades para protegerla, no para maltratarla. En la que no se fomenten privilegios irritantes ni se otorgue inmunidad para delinquir por el solo hecho de pertenecer a institutos armados. En la que el soldado no tenga que combatir contra quienes luchan por la libertad de su Patria. En la que las bayonetas no tengan que sostener regímenes ilegítimos e impopulares.

Una República en la que los hombres aspiren a los cargos públicos para servir, no para "servirse". En la que no se produzca cada cuatro años una nueva "promoción" de millonarios. En la que los gobernantes exhiban como trofeos las obras realizadas en beneficio del pueblo, no las casas de apartamientos y las fincas de recreo adquiridas con el dinero de este mismo pueblo. En la que los malversadores vayan a parar a la cárcel y no al poder. Y los dineros de los contribuyentes a las arcas del tesoro y no a los bolsillos de los funcionarios.

Una República en la que el juego y el contrabando no sean explotados ventajosamente por los mismos encargados de perseguirlos. En la que, al socaire de la beneficencia pública no se enriquezcan los aprovechados regentes de esa tradicional sentina que es la Renta de Lotería, situada ahora, para mayor escarnio, junto a la Biblioteca Nacional. En la que a costa de un pueblo empobrecido y desesperado que gasta sus ahorros en la ilusión del juego, no amasen jugosas fortunas los desvergonzados usufructuarios del vicio, contribuyendo criminalmente a embotar la sensibilidad moral de la ciudadanía y a alimentar sus bajas inclinaciones. En la que no se establezcan públicamente y con desparpajo inaudito, negocios que disfrutando ilícitamente de excepcionales concesiones oficiales, a un tiempo burlan el fisco, y arruinan a los comercios que viven dentro de la ley.

Una República en la que no anden por las calles miles de muchachos de edad escolar vendiendo billetes o adiestrándose en la delincuencia, desmintiéndose en la práctica el principio legal de la enseñanza obligatoria. En la que se atienda a la educación rural como es debido, convirtiendo la Escuela Campesina en el centro de la vida comunitaria, donde además de enseñarse los conocimientos elementales, se oriente vocacional y técnicamente a nuestra juventud guajira. En la que en lugar de crearse tantas universidades para formar médicos, abogados y arquitectos, agudizando cada día más la crisis profesional, se fomente la enseñanza técnica, adecuada a las posibilidades de nuestro medio geográfico y económico. En la que los



"Una república en que no anden por las calles miles de muchachos de edad escolar vendiendo billetes..."

(Continúa en la Pág. 114)

LUZCA UN PRECIOSO PEINADO

Todo el día



USANDO EL NUEVO FIJADOR SPRAZE Nestlé

Haga que su peinado permanezca inalterable todo el día y con un hermoso brillo natural, usando el nuevo fijador "SPRAZE" de NESTLÉ. Con el nuevo fijador "SPRAZE" de NESTLÉ usted puede descansar cómodamente durante toda la noche y dormir con el pelo libre de ganchos y por la mañana lucir un precioso peinado artísticamente amoldado. "SPRAZE" de NESTLÉ no da caspa y deja el cabello con brillo natural porque está enriquecido con LANOLINA super-refinada. "SPRAZE" de NESTLÉ es más económico. ¡Comprébelo!

Por su fórmula única "SPRAZE" es ideal para el cabello de las niñas.

DOS TIPOS:

"SPRAZE" suave de NESTLÉ.
"SPRAZE" normal de NESTLÉ.



Solo cuesta

DISTRIBUIDORES: ADOLFO KATES E HIJO JUSTIZ 19, HABANA

que al ser contratado un artista yanqui por una empresa radicada en Cuba, inmediatamente la agrupación enviará a la Asociación Cubana de Artistas una copia del contrato original.

Si el pacto anunciado por MF se produce, será, a no dudarlo, de grandes beneficios para la clase artística cubana.

(Termina en la Pág. 126)

LA CARTA DE UN PADRE...

(Continuación)

maestros estén bien pagados, las aulas bien dotadas y la cultura bien impartida. En la que no se haga política demagógica con la función educacional construyéndose escuelas en lugares visibles para que se vean "desde la carretera", dejándolas luego sin el material imprescindible para desenvolver la enseñanza.

Una República edificada sobre bases de una verdadera justicia social y una distribución equitativa de las riquezas. En la que se acabe con los latifundios improductivos y los monopolios comerciales, industriales y agrícolas. En la que el trabajador tenga derecho a participar de los beneficios de la empresa. En la que la Asistencia Social se organice sobre bases de justicia, no de limosna o de caridad pública y en lugar de mantenerse en el exhibicionismo sensacionalista y en la publicidad con fines políticos, tienda a la debida recuperación moral, material y social de los desplazados en la lucha por la vida. En la que no se contemple el espectáculo deprimente y desconcertante de que aún en momentos de prosperidad económica como el que atraviesa la República millares de cubanos vivan en la más espantosa miseria porque las fortunas están concentradas en pocas manos y el capital no se moviliza en beneficio de los grandes intereses nacionales.

Una República definitivamente liberada, en lo político como en lo económico, de toda injerencia extranjera. En la que fuertes intereses no impidan el aprovechamiento, con sentido nacionalista, de los recursos naturales del país. En la que no esquilmen la economía popular poderosas compañías extranjeras, usufructuando con insólitas prerrogativas las empresas de servicio público. En la que el comercio marítimo se realice mediante una Marina Mercante Nacional plenamente desarrollada. En la que la tierra se revierta a los cubanos. En la que el inversionismo de capital extranjero esté siempre en función de interés nacional.

Y, sobre todo, una República pacífica y laboriosa. En la que los hombres no se maten ni se odien. En la que las juventudes no se acostumbren a la violencia como medio de dirimir los conflictos. En la que a la edad de las grandes ilusiones, los cubanos no tengan que cambiar el libro de estudio por el arma de fuego. En la que no se habitúen los jóvenes al lenguaje de la guerra fratricida. En la que no haya que lamentar las tristes consecuencias de una generación formada en un ambiente de odios, rencores y venganzas.

Esa es la República que hay que construir para el futuro. Para que, ya que se ha derramado tanta sangre y se han vertido tantas lágrimas, sea al menos fecundo al sacrificio de muchas vidas humanas. Eso es lo que los padres que mueren ambicionan para los hijos que quedan. En la carta de Calixto Sánchez no hay el menor asomo de rencor, de odio, de resentimiento.

No es un mensaje de destrucción, sino de fe. Deja a su hijo el mejor de los consejos: "No podemos pasar por la vida sin haber contribuido en algo útil a la sociedad." Hoy ese hijo, demasiado pequeño, no podrá comprender lo que eso significa. Pero cuando pasen los años y, ya hombre, entienda el mensaje de su padre, se dará cuenta del valor de su sacrificio. Y sabrá que el sacrificio es la medida del amor.

DENTRO DEL SUCESO...

(Continuación)

He 32 número 506, donde Adelina era sirvienta.

—¡Tu hermana Coralía se negó a decirme dónde está Aleida!

—¡Pues si crees que te lo voy a decir yo, pierdes tu tiempo!

—¡Adelina, mira que te estrangulo!

Y las manazas del hombre se dirigían al cuello de la muchacha.

—¡Mario, que grito!

La advertencia surtía efecto. Mario bajaba las manos, pero lanzaba una amenaza:

—¡Si no me dicen donde está Aleida les va a pesar!

Al día siguiente, por la tarde, Coralía y Adelina estaban en su casa cuando volvía Mario Valle Guerra.

—¡Me tienen que decir dónde está!

Las dos mujeres se le enfrentaban.

—¡No te diremos nada! ¡Y si sigues insistiendo te vamos a denunciar a la policía! ¡Sabemos que tú la buscas para matarla!

Al oír aquello, Mario enrojecía de ira. Y esgrimiendo un machete que llevaba oculto se lanzaba sobre las dos hermanas:

—¡Ahora van a ver si me lo dicen o no!

Coralía y Adelina corrían a la calle. Y Mario las perseguía, machete en mano. Por suerte para las muchachas, un policía intervenía antes de que el enérgico no pudiese utilizar su arma.

En la estación, Coralía y Adelina relataban lo sucedido:

—Quería que le dijéramos dónde está una hermana de nosotros que trabaja en una farmacia, Mario se incorporaba violento:

—¡Conque en una farmacia de Guanabo, eh?

Coralía y Adelina se miraban asustadas. Pero un oficial sonreía, advirtiéndoles:

—¡No se preocupen, muchachas! ¡Ya no importa que él sepa dónde está Aleida! ¡Con la acusación de "homicidio imperfecto" que se ha buscado, va a pasarse algunos meses a la sombra!

Y Mario Valle Guerra era llevado a un lugar donde sus intenciones homicidas no tendrían oportunidad de manifestarse, a la celda provisional donde esperará que lo juzguen.

UNA FLOTA DE TRES...

(Continuación)

estaba en entredicho. Durante algunos meses, después de que Castro invadió Cuba, el hombre fuerte pudo impedir que la revolución prendiera; llegó incluso a afirmar que Castro no estaba ya en la Sierra Maestra.

Pero la acción abierta y la organización de Castro eran un reto indiscutible. Desde La Habana se cursaron órdenes para desalojar los campesinos de las montañas, a fin de que las tropas pudieran disparar contra cualquier cosa que se moviera, en un ataque en grande contra los rebeldes.